8809

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

POR EL SEÑOR

DE LA CASA,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

JAVIER SORAVILLA

Y

EDUARDO PASCUAL Y CUELLAR.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°

1875.

POR EL SEÑOR DE LA CASA,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

JAVIER SORAVILLA

Y

EDUARDO PASCUAL Y CUELLAR.

Estrenado con éxito en el Teatro ESLAVA en 29 de Febrero de 1875, en el beneficio del primer actor D. Ramon Mariscal.

ANTONINO CASADO
ALBAÑIL

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
ENRIQUETA.....	SRAS. GARCÍA PARDO.
JUANA, criada.....	
DON RUFO POLÍGALA, esposo de aquella.....	SRES. MIGUEL. OBREGON.
LUIS CENTENO.....	

La accion en Madrid y comtemporánea.

ADVERTENCIA.—El actor encargado del papel de Luis Centeno procurará acomodar el lenguaje al dialecto catalan, imitando el tipo creado con tanto acierto por el Sr. Obregon.

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada. Puerta en el foro y otra lateral. Velador coa un libro en primer término.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUETA, sentada junto al velador, hojeando el libro. Al alzarse el telon, sale D. RUFO por el foro, con una «Correspondencia» en la mano.

RUFO. ¡Magnífico! ¡piramidal! sin tacha!... ¡Soberbio anuncio! ¡digno de *La Correspondencia de España*!... Escucha, escucha, mi querida Enriqueta. (Lee.) «No más granos. El señor don Rufo Polígala tiene el honor de presentar al mundo civilizado el producto más asombroso que han conocido los siglos para alivio de la humanidad doliente. El licor de don Rufo, limpia, fija y da esplendor...»

ENRIQ. (Irónicamente.) Como la Academia...

RUFO. ¡Eh! «Al organismo. (Sigue leyendo.) Regenera al hombre física y moralmente, y le conduce por el camino de la virtud. Pero su especialidad consiste en curar toda clase de granos, cualquiera que sea su causa y localizacion. Precio, veinte reales frasco. Puntos de venta. las principales farmacias del mapa-mundi. Exíjase mi busto en la etiqueta, pues hay ruines falsificadores ó

677001

hato servil, como han dicho los inmortales Horacio y Brea y Moreno.»—Conque, ¿qué te parece el tal anuncio?

ENRIQ. Digno de tí, que estás haciendo el ridículo, que estás gastando un capital que no tienes en anuncios, y que despues de todo vas á sacar lo que el negro del sermon.

RUFO. Bien se conoce que eres profana en la materia. El éxito es infalible; mi porvenir está asegurado.

ENRIQ. Sí, lo que me parece que está asegurada es tu instalacion en Leganés.

RUFO. Vaya, vaya, no se puede discutir contigo; ten entendido que mi específico va á hacernos millonarios y á perpetuar mi nombre.

ENRIQ. Tú ves visiones.

RUFO. Cierto; pero visiones de hermosos colores que he de ver realizadas. Anoche mismo he soñado...

ENRIQ. Que te volvías loco, ¿verdad?

RUFO. Si, de alegría, porque iba á hacer dimision de mi destino por innecesario; y ya la tengo escrita para presentarla á la primera ocasion que se me ofrezca un mediano negocio y...

ESCENA II.

LOS MISMOS y JUANA, por el foro.

JUANA. Un caballero pregunta por el señor de la casa.

RUFO. ¿No te ha dicho con qué objeto?

JUANA. Dice que tiene que tratar con usted acerca del específico.

RUFO. (Entusiasmado á Enriqueta.) ¿Ves? Aquí tienes el resultado de los anuncios. Me comía á besos á *La Corsespondencia*.

ENRIQ. Bien, hombre, me alegro, me alegro.

JUANA. ¿Qué le digo?

RUFO. Que pase, que pase en seguida y espere un momentito. Voy á arreglarme un poco. (Váse Juana.)

ENRIQ. Yo tambien me retiro.

RUFO. Sí, sí, vamos. Presiento que esta visita ha de serme

muy próspera en resultados. Vamos, vamos. (Vánse lateral.)

ESCENA III.

LUIS y JUANA, por el foro.

JUANA. Tenga usted la bondad de esperar un instante. Tome usted asiento.

LUIS. Gracias, simpática doméstica.

JUANA. Soy doncella.

LUIS. No se opone lo uno á lo otro... Mas ¡calla!... ¿tú acompañabas ayer?...

JUANA. Á mi señorita.

LUIS. ¡Preciosa criatura!... Gracias por la noticia. (Váse Juana.)

ESCENA IV.

LUIS, solo.

Esta muchacha puede contribuir á la felicidad de mi corazon. ¡Feliz casualidad! Quién había de decirme que es hija del señor de La Casa la bella desconocida á quien ayer seguí con tanto entusiasmo? Bien pudiera suceder que este viaje me proporcionara una doble adquisicion: el específico para sanear mis averiados cereales, en cuya busca vengo, y una linda esposa á quien no pensaba buscar. Por otra parte el señor de La Casa, inventor del específico, tendrá relaciones con los principales cosecheros de esta poblacion, y con su influencia podré colocar algunas fanegas de las muestras que traigo. De suerte que si logro todos estos propósitos, bien podré decir que he hecho viaje redondo. Y la chica me preocupa, me preocupa... ¡es muy linda! Pues señor, yo que nunca he conocido el amor, me veo dispuesto á hacer la primer tentativa. Ella me gusta mucho; el quid está en que tal vez yo no le guste á ella... Aunque asi sea nada se pierde por probar.

ESCENA V.

EL MISMO y ENRIQUETA.

LUIS. (¡Ella es!) Señorita...

ENRIQ. Caballero... pero qué torpe Juana... no le ha pasado á usted á la sala...

LUIS. Es igual, enteramente igual.

ENRIQ. Usted busca...

LUIS. Al señor de La Casa.

ENRIQ. Tenga usted la amabilidad de tomar asiento; en seguida sale.

LUIS. Muchas gracias. (Se sientan.) (Ojalá tardára mucho.)

ENRIQ. (Reparando en Luis.) (Pero ¿qué veo? Es el jóven que nos persiguió ayer.)

LUIS. (Me ha conocido y hasta creo que se ha turbado; buen síntoma.)

ENRIQ. (¿Habrá ya hablado á Juana? sin duda, por eso le oí desde dentro decirla preciosa criatura y que haría su felicidad.)

LUIS. (Esta era la ocasion de decirla algo... Pero no acierto...) Sentiría haber llegado tal vez en hora intempestiva.

ENRIQ. No señor, nada de eso... y no sé cómo tarda tanto... usted acaso tendrá prisa...

LUIS. Ninguna; por el contrario, encuentro el mayor gusto en permanecer aquí.

ENRIQ. Gracias.

LUIS. (Si yo me atreviera... Vamos, será preciso acudir á la doncella con un billete amoroso para su señorita y otro del Banco para ella. Soy tan tímido...)

ENRIQ. (Se conoce que es muy corto de...) (Observa á la puerta izquierda y se levanta.) Ah!... aquí está... Con el permiso de usted...

LUIS. Es usted muy dueña; beso á usted... (De buena gana...) (Váse Enriqueta.)

ESCENA VI.

LUIS y D. RUFO, lateral izquierda.

RUFO. Usted me dispensará que le haya hecho esperar tanto.

LUIS. Nada, nada; ¿tengo el honor de saludar al señor de La Casa?

RUFO. Servidor de usted. Yo soy el señor de la casa. (Señalando los ámbitos de la habitacion.)

LUIS. Inventor de cierto específico para sanear los granos.

RUFO. Precisamente. Aquí tengo (En el bolsillo.) los documenmentos que lo acreditan; numerosos certificados de curaciones obtenidas, las que revelan, señor mio, que mi prodijioso descubrimiento está llamado á cambiar la faz de las naciones.

LUIS. Pues bien, á eso vengo.

RUFO. ¿Á cambiar la faz de las naciones?

LUIS. Cá, no señor, á cambiar la faz de los granos de mi país con su popular invento.

RUFO. ¿Conque popular, eh? Pero sírvase tomar asiento.

LUIS. Usted. (Bruscamente.)

RUFO. Oh! de ningun modo. (Se sientan.)

LUIS. Pues el objeto de mi visita es como ya he indicado, adquirir ese maravilloso producto.

RUFO. Sí, sí.

LUIS. Yo soy socio de una casa de comercio establecida en Barcelona; contando la sociedad con una considerable cantidad de granos en bastante mal estado á causa de la epidemia que se ha desarrollado...

RUFO. ¿Conque se ha desarrollado una epidemia? (Con alegría.)

LUIS. Desgraciadamente; y habiendo visto recomendado en los periódicos el admirable secreto que usted ha arrancado á la ciencia, he emprendido mi viaje para adquirir una cantidad de su específico, suficiente para sanear aquellas comarcas.

RUFO. Perfectamente, amigo y señor de...

LUIS. Centeno, Luis Centeno, socio de la Barcelonesa Mercu-

rio, Prast, Centeno y Compañía.

RUFO. ¿Conque tan grande ha sido la invasion?

LUIS. Bárbara, señor mio, bárbara como la de los del Norte.

RUFO. Es una desgracia para los catalanes.

LUIS. Desgracia que se hace sentir en todas las clases de la sociedad. El pan ha sufrido una subida enorme.

RUFO. ¿Á causa de los granos?

LUIS. ¡Y le parece á usted poco?

RUFO. (Es claro; estarán plagados de granos todos los operarios...)

LUIS. ¡Cuántas familias van á quedar en la miseria!

RUFO. De suerte que mi específico no ha podido darse á luz más á tiempo?

LUIS. Si sus efectos son seguros...

RUFO. De eso respondo.

LUIS. Entónces podremos decir que ha salvado usted el país.

RUFO. Ese es mi mayor deseo. ¿Y la sociedad de usted, tiene muchos granos de esos?

LUIS. Sí señor, y del peor género. Y no es esto lo más grave, sino que tenemos tambien corresponsales en el extranjero...

RUFO. ¿Con granos tambion?

LUIS. Sí señor, con granos.

RUFO. ¿Y dónde los tienen?

LUIS. La mayor parte en los Paises Bajos.

RUFO. Generalmente son de mala calidad los granos de esa parte.

LUIS. Los mejores son los del África oriental.

RUFO. No sé qué decirle á usted, aquel clima tan abrasador..

LUIS. Sin embargo, las avenidas del Nilo le modifican; y aun á pesar de esto, hemos sabido que tambien se ha declarado allí la epidemia.

RUFO. ¿De los granos?

LUIS. Sí señor, de los granos.

RUFO. (Que me place!)

LUIS. Por lo cual he pensado darme á la vela para llevar á aquellos países el remedio que empiezan á necesitar.

RUFO. Bien, pues usted se servirá indicarme el pedido que necesita.

LUIS. Usted podrá calcular mejor...

RUFO. Perfectamente. Corre de mi cuenta. (Correremos la mano.) Yo le prepararé los frascos necesarios.

LUIS. Mientras, con su permiso, voy á ultimar unos negocios que tengo pendientes.

RUFO. Es usted muy dueño, señor de Avena.

LUIS. Centeno, Centeno.

RUFO. Es igual. (Le da el sombrero.)

LUIS. Gracias; hasta despues, señor de La Casa.

RUFO. Adios, mi querido consocio de la...

LUIS. Barcelonesa, Mercurio, Prast, Centeno y Compañía. Adios, señor de La Casa. (Váse Luis foro.)

ESCENA VII.

D. RUFO.

Y dale con el *señor de la casa*. Claro está que soy el señor de mi casa. ¡Pero qué felicidad! Hé aquí realizados mis sueños de oro. Voy á empaquetar seis mil frascos de específico á duro por barba... Ahora mismo voy á presentar la dimision de mi destino. ¿Qué necesidad tengo de sufrir increpaciones, vejámenes y otros excesos de la misma naturaleza? Mi sueño de anoche ha sido un presagio. Voy á comunicárselo en seguida á mi mujer. ¡Enriqueta! Enriqueta!

ESCENA VIII.

RUFO y ENRIQUETA, izquierda.

ENRIQ. Pero hombre, ¿qué te pasa? ya estoy aquí.

RUFO. Eureka, eureka, esposa mia; ya he encontrado mi hombre. ¡Oh! si el corazon nunca me engaña!

ENRIQ. Bien, hombre, explícate.

RUFO. Dame mil enhorabuenas. Ya he empezado á tocar los

resultados de mis anuncios. Mi nombre ha traspasado á estas fechas las fronteras y los mares. ¡Un pedido de seis mil frascos, para curar medio mundo! (Con importancia.) Porque has de saber, que ese caballero que ha venido á visitarme, es miembro de la sociedad Barcelonesa, Mercurio, Prast, Veneno y Compañía...

ENRIQ. ¿Y qué tenemos que ver con eso?

RUFO. Que esa sociedad está plagada de granos.

ENRIQ. Es una verdadera desgracia.

RUFO. Que traducida á nuestra utilidad, es una verdadera fortuna.

ENRIQ. Vamos, tú estás loco y hay que dejarte con tu tema.

RUFO. Y no paremos en esto, sino que la epidemia se va propagando por todos los países...

ENRIQ. Pues nada dicen los periódicos á que estás suscrito.

RUFO. Tá, tá, tá... Tienen que callarse tantas y tan buenas cosas... ¿No ves, hija, que ya le han metido á la prensa el resuello para adentro... Ademas, mi específico está llamado á hacer una revolucion social... y es claro... como revolucionario... pero no hablemos de política, que la cosa está que arde. El caso es, que en vista de todas estas circunstancias, voy á hacer dimision de mi empleo.

ENRIQ. Es una locura intolerable.

RUFO. ¿Tú sabes lo que es ser empleado de diez mil reales? Pues empleado de ese valor es un infeliz que se sepulta á las diez de la mañana en el panteon de la oficina, y no resucita hasta las cinco de la tarde; es un ser oscuro que pasa su vida entre órdenes, minutas y circulares, sin hacer más de provecho que firmar la nómina. Esa vida es para mí insoportable, y voy á ponerla fin.

ENRIQ. Pero por Dios, Rufo, ¿no comprendes...

RUFO. Me basta con comprender que hoy mismo voy á recibir seis mil duretes contantes y sonantes.

ENRIQ. Mira ántes bien lo que haces.

RUFO. Lo que miro es que corre el tiempo y que tengo que preparar el pedido que me ha hecho ese señor de Ve-

neno y Compañía. Mira, hija, ven, ven y me ayudarás á contar los frascos.

ENRIQ. Pero hombre...

RUFO. Nada, es preciso.

ENRIQ. Malhaya tu aficion á la medicina.

RUFO. Calla, mujer, calla; ¿tú qué sabes? Vamos. (Vánse izquierda.)

ESCENA IX.

JUANA, por el foro, con una carta en la mano.

Señorita, señorita... ¡Ah! no está... Bien decía yo, que ese caballero acabaría por hacerla el amor y hé aquí la prueba. Y debe ser rico, á juzgar por su esplendidez, pues quería regalarme un billete de Banco... Pero sí... buena soy yo para admitir obsequios de esa naturaleza. Ademas, mi señorita es casada, y yo no puedo ser cómplice de tamaño desacierto. Yo no sé qué se figuran algunos hombres-.. Vaya, no la entrego esta carta y así evitaré tal vez algun disgusto; en su lugar la dejaré aquí la de ese infeliz vergonzante que vino ayer cuando la señorita no estaba en casa. Guardemos esta, (La de Luis.) y entreguemos la que puede reportar una obra caritativa. (Saca otra del bolsillo, la deja sobre el velador y váse foro.)

ESCENA X.

ENRIQUETA, izquierda.

Vamos, estoy sobresaltada con la determinacion de mi marido. (Repara en la carta.) ¡Calla! una carta para mí... (La toma.) No conozco la letra... ¡Qué idea!... Si será... Veamos. (La abre.) ¡Efectivamente!... (Lee.) «No firmo »por ser innecesario.» ¡Nada! como me lo había figurado... «Señorita: por la primera vez de mi vida me en»cuentro en este lance supremo; el destino lo ha dis»puesto y es preciso acatar sus fallos. El corazon de la

»mujer es de suyo sensible y bondadoso, y al tomarme »la libertad de dirigirme á usted, me alienta la espe»ranza de que el suyo no ha de escuchar en vano mi »súplica.» Bah, bah, no es preciso leer más para adivinar el objeto de esta carta. Vamos, ese jóven querrá que le sirva de mediadora en sus amores con Juana. ¡Tambien es ocurrencia! Quizás ella, como tiene ese carácter, le habrá desairado, y causándole rubor pedirme proteccion verbalmente, lo ha hecho de este modo. (Observando al foro.) Pero creo que ella llega. Empezaré mi mision; no dirá ese caballero que no me intereso por él. ¡Oh! sería una gran adquisicion para ella... ¡pobrecilla! es tan buena... Juana, ¿eres tú?

ESCENA XI.

ENRIQUETA y LUIS, por el foro.

LUIS. Señorita...

ENRIQ. (¡Ah, que es él!) Caballero....

LUIS. (¿Habrá leido mi billete? Como no estoy acostumbrado á estos casos...)

ENRIQ. Tome usted asiento. (Veremos por dónde sale.)

LUIS. (Se sientan.) Gracias. (Pausa corta.) (Pues señor, me luzco.)

ENRIQ. ¿Ha terminado usted ya sus negocios?

LUIS. Sí señora, ya he terminado... digo, no, aún falta uno... ¡el principal!... (Pausa.) Señorita...

ENRIQ. Caballero...

LUIS. Si usted supiera qué... qué... qué hermoso dia hace...

ENRIQ. Aquí es general este tiempo; vivimos en una perpétua primavera.

LUIS. Por eso hay tantas flores... (Pausa.) Señorita...

ENRIQ. (Vamos, el pobre chico es corto de genio.) ¿Decía usted...

LUIS. (Que estoy haciendo el ridículo.) Pues que... que... (Ea, rompamos las cadenas de la vergüenza.) Señorita, yo me he tomado la libertad de dirigir á usted una

carta...

ENRIQ. La he recibido.

LUIS. He querido evitarme por medio de ella el natural sonrojo de una peticion de esta índole... soy muy tímido... ahora, con la franqueza que me caracteriza, hago á usted presente que... que me remito al contenido de mi epístola.

ENRIQ. De modo... ¿que está usted enamorado?

LUIS. Señora, esa es la palabra.

ENRIQ. ¿Y se ha dignado hacerme confidente de sus sentimientos?

LUIS. Y de mis esperanzas y aspiraciones.

ENRIQ. Pues bien, si es cierto que usted ama á esa mujer...

LUIS. Puede usted creerlo.

ENRIQ. Y yo puedo contribuir á su felicidad...

LUIS. De usted sola depende.

ENRIQ. Fiando en la sinceridad de sus palabras, tengo una verdadera satisfaccion en acceder á su demanda.

LUIS. ¡Oh! gracias!... luego ¿puedo aspirar á su mano?

ENRIQ. Por mi parte está concedida; ahora, como usted comprende, falta lo más esencial.

LUIS. (Ya, el consentimiento del papá.) Pero usted influirá...

ENRIQ. Con el mayor empeño; estoy en ello muy interesada.

LUIS. ¿De veras? ¿Conque está usted muy interesada?

ENRIQ. Tal vez más de lo que á usted se le figura.

LUIS. (Pues si aguardo un poco se me declara.) Enriqueta, creo que no estará usted infundiendo una esperanza en mi corazon para despues destruirla.

ENRIQ. Veo con satisfaccion que le gusta caminar sobre seguro; y por mi parte le garantizo que de usted sólo dependería si tuviera alguna vez que retractarme.

LUIS. Conozco mi carácter y sé que no es voluble.

ENRIQ. Rara cualidad doblemente recomendable.

LUIS. Gracias. (Yo pensé que sólo en Barcelona había coquetas.)

RUFO. (Dentro) Pero hombre, ¿por qué no has avisado?

ENRIQ. Voy á dejar á ustedes, porque tendrán que tratar de

sus asuntos.

LUIS. Pero me concederá usted otra entrevista.

ENRIQ. Procuraré hacerlo. (Váse izquierda al tiempo que sale Rufo.)

ESCENA XII.

LUIS y D. RUFO.

RUFO. Vamos, señor de Mercurio, Alpiste y compañía.

LUIS. No, hombre, Centeno.

RUFO. ¿Qué más da? Está de Dios que le he de hacer esperar...

LUIS. (No hacías mucha falta.) No le preocupe á usted eso. Está usted cumplido.

RUFO. ¿Conque qué tal? ¿Ha ultimado usted satisfactoriamente sus negocios?

LUIS. No del todo, y tanto es así, que voy á solicitar en mi favor el apoyo de usted.

RUFO. Estoy á su disposicion. (Se sientan.)

LUIS. Pues es el caso que yo he traido bastantes granos. (Rufo le examina detenidamente y despues se retira poco á poco.)

RUFO. Es una verdadera desgracia para usted. (Retirándose.) (Caramba, ¿si nos traerá este hombre una epidemia?...)

LUIS. Verdaderamente es una desgracia si no puedo darles salida como hasta ahora me ha sucedido.

RUFO. Ya lo creo... Pero yo le proporcionaré los medios de conseguirlo.

LUIS. ¿Conoce usted acaso...

RUFO. Figúrese usted; como que es á lo que estoy dedicado.

LUIS. Pues si quiere usted verlos. .

RUFO. Sí, hombre, sí. (Empieza á cerrar las puertas.)

LUIS. Y comprende que puedo deshacerme de ellos...

RUFO. Sí señor, de todos; con tal que se someta usted á las condiciones precisas.

LUIS. Si se refiere usted al estipendio, nada hay que hablar; lo que quiero es deshacerme de ellos á toda costa.

RUFO. Ya lo presumo; le causará á usted muchas molestias.

LUIS. Hágase usted cargo. Y se me ocurre una idea.

RUFO. Usted dirá.

LUIS. Si le parecen los granos de buen género, podía usted hacer un buen negocio.

RUFO. Sí, hombre, sí; eso es lo que deseo.

LUIS. Ahora que hay muchos es la gran ocasion, podía traspasarle á usted una buena cantidad...

RUFO. (¡Este hombre quiere inocularme! me andaré con cuidado!...) No señor, gracias.

LUIS. Le haría á usted mucho favor en el traspaso.

RUFO. ¿Sí, eh? pues gracias por el favor.

LUIS. En materia de granos puedo asegurarle que son de la mejor calidad.

RUFO. (Pues por lo mismo.)

LUIS. Pues es un gran negocio, se lo aseguro á usted.

RUFO. No, no lo dudo, pero...

LUIS. Se los daría á usted muy baratos.

RUFO. Ni de balde. Tengo recuerdos muy sensibles de esos negocios y francamente...

LUIS. En ese caso no insisto; pero podia usted traspasarlos á sus amigos, ya que á usted no le gusta el negocio ni quiere tener granos.

RUFO. Tanto como tenerlos yo, francamente, no, y sobre todo en época de epidemia.

LUIS. Sí, es cierto, que es algo peligroso...

RUFO. Pues bien, voy á enseñarle á usted el prodigioso específico que ha de oponerse al desarrollo de esa fatal epidemia.

LUIS. No, no se moleste usted.

RUFO. Oh, sí, sí, es preciso. (Váse izquierda.)

ESCENA XIII.

LUIS.

En fin, del mal el ménos, tengo que volverme sin colocar parte de mis mercancías, pero en cambio voy á colocarme yo; y ademas, llevaré el remedio para purificar aquellos campos. El negocio no ha sido tan desventajoso; con el importe de la venta que he hecho, he podido

satisfacer una letra de cinco mil duros, y con lo restante podré cubrir el importe del específico, para entregarlo á mi comprador en union del género averiado. Pero ¿y Enriqueta? Esta era la ocasion oportuna para decidir de una vez nuestro amoroso asunto... Mas, (Observando.) sí... aquí está... sin duda ha comprendido igual que yo...

ESCENA XIV.

LUIS, ENRIQUETA, izquierda.

LUIS. Enriqueta, aprovechemos este momento casual; el estado de mis negocios me obliga á partir inmediatamente; necesito, por lo tanto, dar cuanto ántes el paso supremo...

ENRIQ. Entónces es indispensable...

LUIS. Y dejar determinada la situacion.

ENRIQ. ¿De suerte que está usted completamente decidido?...

LUIS. Ya he dicho á usted que soy hombre firme en mis resoluciones.

ENRIQ. No sabe usted lo que me alegro por los dos...

LUIS. ¡Qué buena es usted!... (¡Hermosísima coqueta!) Permítame que me arroje á sus piés...

ENRIQ. Tanta gratitud es exagerada y prematura.

ESCENA XV.

DICHOS y D. RUFO, con un frasco en la mano.

RUFO. Aquí tiene usted, amigo mio, encerrado en un pequeño espacio, el maravilloso invento que tan ópimos resultados está produciendo.

LUIS. Bien; ahora se servirá usted indicarme las instrucciones para su uso.

RUFO. Nada más justo. Ya en el prospecto van apuntadas, pero se las indicaré. Lo primero, y para predisponer la naturaleza, es una buena purga.

LUIS. ¿Una purga? (Sorprendido.)

RUFO. Sí señor, una purga, una buena purga; ¿no sabe usted lo que es una purga?

LUIS. Sí; ¿pero que...

RUFO. Al dia siguiente...

LUIS. Pero...

RUFO. Al dia siguiente, para combatir el estado flogístico, una sangría.

LUIS. ¡Una purga! una sangría!... ¿pero á quién hay que dar esa purga y practicar esa sangría?

RUFO. ¡Toma! ¿Quiénes son los que tienen los granos?

LUIS. La Compañía.

RUFO. Pues á la Compañía.

LUIS. Pero hombre, ¿y para qué esa efusion de sangre?

RUFO. No hay remedio si ustedes quieren curarse.

LUIS. ¿Nosotros?

RUFO. Ó los granos.

LUIS ¿Y á los granos una purga y una sangría?

RUFO. No señor; á ustedes para que se queden sin granos.

LUIS. Hombre, ¡pues vaya una ganancia!

RUFO. Despues de estas precauciones, entra ya el uso del específico. Se rocía con él una compresa, la cual se aplica al sitio que ocupan los granos.

LUIS. Pero...

RUFO. Nada, nada más que eso. Esta operacion se repite por espacio de tres dias consecutivos, y á la cuarta madrugada ya están todos los granos destruidos.

LUIS. Señor mio, le confieso que no entiendo una palabra de cuanto me está diciendo.

RUFO. Si quiere usted que se lo repita...

LUIS No señor; lo que quiero es que nos entendamos.

RUFO. Pues me parece que no hablo en tagálo.

LUIS. ¡Ah!... por lo que veo usted habla de alguna enfermedad de la piel.

RUFO. Pues usted, ¿á qué se refiere?

LUIS. Á la epidemia que se ha desarroltado en los cereales.

RUFO. (Irritado.) Cereales... Cereales... ¿Conque usted no tiene

granos?

LUIS. Ni diviesos.

RUFO. ¿Ni la Compañía tampoco?

LUIS. No señor, afortunadamente.

RUFO. ¿Cómo afortunadamente? ¿Y por qué no tienen ustedes granos? (Desesperado.)

LUIS. Porque no lo mereceremos sin duda.

RUFO. ¡Necesito que tengan ustedes granos á toda costa!

LUIS. Eso es una locura.

ENRIQ. Rufo.... pero Rufo...

LUIS. (Admirado.) ¡Rufo, Rufo!...

RUFO. Aquí no hay pero que valga; aquí nadie alza el gallo más que yo. Amigo mio, me ha dado usted el gran camelo.

LUIS. Si yo hubiera sabido que no era usted el señor de La Casa...

RUFO. ¿Que no soy el señor de la casa? El que no es de la casa es usted.

ENRIQ. (¡Pero por Dios, Rufo!)

LUIS. ¿Usted no se llama don Leon?

RUFO. No señor, ni conozco más leon que el del Retiro.

LUIS. No, Leon de La Casa.

RUFO. Ese, el de la casa de fieras.

LUIS. Caballero, usted me falta.

RUFO. Y usted me sobra.

ENRIQ. Vamos, esto ha sido un lamentable *quid pro quo*, de que este caballero no tiene culpa.

LUIS. (¡Bendita sea tu boca!)

RUFO. ¿Qué, le defiendes?

ENRIQ. No defiendo á él, defiendo la razon.

LUIS. (Estoy perdido.)

RUFO. ¡Lisonjero porvenir!

LUIS. Permítame usted; serénese y dilucidemos la cuestion. ¿Usted no se llama don Leon de La Casa?

RUFO. No señor; me llamo don Rufo Polígala, autor del específico...

LUIS. Basta; yo venia buscando á don Leon...

RUFO. ¡Ah!... pues ya caigo... Leon... Leon... justo, Leon de La Casa... mi antecesor en este domicilio... tambien inventó otro específico...

LUIS. Pues ese es el que busco.

RUFO. Aquí debo tener una tarjeta suya. (Se la da.) Puede usted ir á verle; y dispénseme, señor de Mercurio, Venus...

LUIS. ¡Centeno, Centeno!—Bien, me retiro, pero ántes de hacerlo, voy á pedir á usted una gracia.

RUFO. Ante todo, ¿estará sujeta á equivocacion?

LUIS. Es asunto de bastante formalidad.

ENRIQ. (La cuestion de Juana.)

RUFO. Acabe usted de reventar:

ENRIQ. (Á Luis.) (Aproveche usted la ocasion.)

LUIS. Pues es el caso que me he enamorado.

RUFO. (¿Si se habrá enamorado de mí por equivocacion?..) Y bien, ¿á mí qué me incumbe?

LUIS. Sí señor... mucho, todo.

RUFO. (Lo dicho.) (Se aparta de él.)

LUIS. Y la mujer á cuya mano aspiro y con cuya autorizacion cuento para pedírsela á usted, es... Enriqueta.

RUFO. Enri... qué?

ENRIQ. ¿Yo?...

LUIS. Enriqueta, sí, Enriqueta.

RUFO. (Cogiéndole de la mano.) Señor mio, venga usted acá.

LUIS. (¿Qué es esto? ¿estará loco?)

RUFO. (Cogiendo tambien á Enriqueta.) ¡Desventurada! ¿Usted tambien?... (¡Siento que me bulle algo en la cabeza!) ¿Conque usted se ha permitido autorizar á este hombre..-

ENRIQ. Pero por Dios, Rufo, si yo... pero caballero...

LUIS. Pero señorita...

RUFO. (Á Luis.) ¿Por dónde quiere usted salir, por el balcon ó por la ventana?

LUIS. No se incomode usted, que yo me marcharé por la puerta. ¿Pero qué tiene de extraño que yo le pida la mano de...

RUFO. Casi nada. ¿Usted se figura que aquí se usa la poliandria?

LUIS. Yo no me figuro más sino que amo á Enriqueta y que me casaré con ella; si no quiere usted por buenas, acudiré á los tribunales.

RUFO. ¿Habrá mayor descaro? ¿Conque quiere usted casarse con mi mujer?

LUIS. ¿Su mujer?... ¡Imposible!...

RUFO. Hombre, ¿si querrá usted negarme que yo soy marido de mi mujer?

LUIS. ¡Su mujer!

RUFO. Sí señor, sí... ¿Le gusta á usted, eh?... Pues mire usted... esta mujer... es mi mujer.

LUIS. Pues entónces, señora, ¿con qué fin me ha colocado usted en esta crítica situacion? ¿Qué significa entónces el haber admitido una carta mia sin decirme...

RUFO. ¿Una carta? ¿Conque ha tenido usted la osadía de dirigirla una carta?

LUIS. Sí señor, creyendo que era hija y no esposa.

RUFO. Y entónces tú, (Á Enriqueta.) ¿por qué la has admitido?

ENR. Porque pensé que este caballero solicitaba que le protegiera en sus amores con Juana.

RUFO. (Respiro.)

LUIS. ¿Y quién es Juana?

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS y JUANA, con la carta de Luis en la mano. Foro.

JUANA. Servidora de ustedes. La carta de este caballero la tengo yo aquí; no quise entregarla á la señorita porque yo no podía ser cómplice de tamaño desacierto, y si la tomé y nada advertí al señor, (Por Luis.) fué únicamente...

LUIS. Para darme una leccion. (¡Miren la fregona!)

JUANA. He aquí la carta. (La toma Rufo. La otra se la da Enriqueta y se pone á leerla.)

RUFO. Á ver? á ver? (Toma las dos cartas y hace lo dicho ántes.)

JUANA La que leyó la señorita es de un pobre vergonzante que vino á pedir limosna.

ENRIQ. Torpe de mí que interpreté otra cosa...

LUIS. (Pues señor he hecho viaje redondo.)

JUANA. (Así escarmentará para otra vez.)

LUIS. Señora, el mayor favor que puede usted dispensarme, es relegar al olvido cuanto aquí ha pasado.

ENRIQ. Lo mismo le ruego.

RUFO. (Dando á Luis su carta, que éste hace pedazos.) Efectivamente, la ambigüedad del sentido de esta carta, (La otra.) y la carencia de firma, ha podido ocasionar tal equivocacion.

LUIS. De la cual, como ustedes comprenden yo no soy culpable.

RUFO. Ni yo tampoco.. pero tengo que renunciar generosamente á los seis mil duros, y me veo precisado á no presentar la dimision de mi destino.

ENRIQ. Cuánto me alegro; así te convencerás de que tus malhadados específicos sólo pueden ocasionarte disgustos.

RUFO. Tienes razon; y vòy á retirar tambien los anuncios de *La Correspondencia*, no se repita la fiesta. Lo siento por Santana.

LUIS. Pues en vista de estas circunstancias, voy á buscar al verdadero señor de La Casa.

RUFO. Justo, sí... (Quítate pronto de mi vista.) Se avista usted con él, y le da las gracias de mi parte, porque por su causa me curo radicalmente de mi especificomanía.

ENRIQ. Loado sea Dios.

LUIS. Pues con el permiso de ustedes... (Se dispone á salir.)

RUFO. Aguarde usted un momento, amigo mio; no quita lo cortés á lo valiente; es decir, nada tiene que ver que se haya usted salvado de su compromiso, para que se salve usted ahora...

LUIS. Cierto... ¡pero soy tan tímido!... Si esta señora me permitiera... Estos señores son muy galantes, y tal vez á ella la concedan lo que á mí no. Enriqueta...

RUFO. Anda, hija, anda. (No me llega la camisa al cuerpo.)

ENRIQ. Con mucho gusto. (Adelantándose al proscenio.)
Ya que como mujer soy la encargada
tu gracia de implorar,
confío que al pedirte una palmada
no me la has de negar. (Telon.)

FIN DEL JUGUETE

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE SETIEMBRE DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Amor al arte	1	D. José Jackson Veyan.	Todo.
La cesta de la plaza	1	José Navarrete	»
Por el Señor de la Casa	1	Soravilla y Pascual	»
Una suegra en batería	1	E. Ceballos Quintana.	»
Demonio y Ángel	2	Miguel Pastorfido	»
La redencion del pasado	2	Granés y Pastorfido	»
ZARZUELAS.			
El pan de la emigracion	1	D. N. N.	L. y M.
La familia Bachicha	1	Palomino y Vidal	L. y M.
El mundo va á arder	1	Granés y Pastorfido	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.